

tencia. La insensata filosofía hace jaetancia de su humanidad; pero si faltara el Evangelio, presto veriais disminuir la circulacion de vuestros socorros.

Y vosotros, pastores celosos y benéficos, depositarios venerables de las limosnas que la caridad modesta esconde en vuestras manos: decidnos si la fuente que con tanto ruido mana ostentosa de la filosofía, es mas copiosa que la que trae su origen del humilde y devoto cristianismo. Explicadnos de dónde vienen estos abundantes y sagrados tesoros que derramáis sin intermision en la parte necesitada de vuestro rebaño, estos tesoros que van á buscar á la viuda desconsolada, al artesano enfermo, y al huérfano abandonado hasta en las tinieblas del rincón mas obscuro.

¡Pero adónde voy! Perdonad, señor; mi celo me ha trasportado. Yo no queria hablaros mas que del Evangelio, y me hallo de repente en la region del entusiasmo. ¡Pero quién puede ser insensible al descubrir la dureza de los ricos? ¡Quién puede ver sin horror la bárbara conducta de los que prefieren consumir sus riquezas en frívolos y pasajeros placeres, al inefable consuelo, á la renaciente y dulce satisfaccion de sostener familias virtuosas, de recompensar la inocencia y socorrer los afligidos? ¡Ah! ¡corazones corrompidos, no conocéis, no, el indecible placer que produce en un alma sensible y generosa el enjugar con su mano el llanto de la pobreza honesta y desdichada!

Yo no puedo, señor, entrar en ningun pormenor, porque esto depende de las circunstancias, y pertenece á la prudencia. Me he contentado con presentáros en general los grandes y sublimes motivos con que la Religion anima á la caridad cristiana; pero un corazon que por sí mismo es compasivo y generoso, quando está ilustrado con sus divinas luces; sabe aplicar sus principios segun las ocurrencias. Yo pudiera deciros mucho mas; pero nunca dijera lo bastante, y estoy persuadido de que vos no necesitais de tanto.

Y espero que en ese lugar á que por dicha os condujo la Providencia, vais á ser á un tiempo el amigo de Dios y de los hombres. Figuraos que esa es la familia que Dios os señala para que la adopteis. Tratadla como padre; que no haya miserables al rededor de vos, que no haya quien se afija porque le falta pan. Dad á los unos los medios de ganarlo, dad á los otros el socorro que necesitan, enjugad todas las lágrimas, desterrad todos los vicios, y enseñad á todos la virtud. Yo pido á Dios que os eche sus bendiciones, y que os guarde muchos años.

¡Qué me dices, Teodoro, de esta nueva carta? En cuanto á mí no sé qué decir, sino dar gracias á Dios de haberme hecho conocer al hombre que llena todas las medidas de mi corazon. Estas cartas serán mi manual y el de mis hijos. ¡Ojalá lo fueran de todos los hombres! Ellas aumentan cada dia mi

respeto hácia la Religion, y mi amor hácia la virtud; ellas me iluminan y me acaloran. Siento que me elevan á mis propios ojos, y que al tiempo que descubren mis obligaciones, me inspiran el deseo de desempeñarlas. Sí, amigo: mis hijos, mis criados, mis vasallos y los pobres van á ser el objeto de mis solicitudes. Ellos me llevarán toda mi atencion, y ya ves que no me faltará en que ocuparme. Cuando no estuviera persuadido de antemano, estas cartas bastarian á determinarme. Es imposible resistir á la verdad de los retratos que pintan, y á la fuerza de la impresion que producen. Sí, Teodoro; yo las he reflexionado muchas veces, y me han despertado remordimientos tan voraces, que no me dejan sosegar. ¡Ay amigo! si se viviera dos veces, si fuera posible que yo volviera á empezar mi carrera, ¡cuán diferente seria mi conducta! ¡Qué desgracia es quedar dueño de sus acciones en edad temprana sin ninguna educacion! ¡Ser heredero y poseedor de una gran fortuna, cuando ni la prudencia asiste, ni la experiencia aconseja, y sobre todo, cuando la Religion no alumbrá! ¡qué manantial de errores y de vicios ocasiona! ¡Qué uso puede hacer de sus bienes un jóven disoluto, sino contentar sus pasiones, y saciarse de placeres, aumentar cada dia la variedad de sus caprichos, endurecerse y hacerse insensible á los males ajenos?

Esta es mi historia en compendio: y si lo reflexionas, es lo que te habrá sucedido y sucede á

la mayor parte de los jóvenes que se casan. Desde que se piensa en darnos una esposa, se nos arregla un estado de casa y familia. Y como si los hombres no nacieran sino para vivir con pompa y esplendor; como si el cielo no nos concediera las riquezas sino para contentar nuestro orgullo, y hacernos brillar con un lucimiento que en nuestro juicio nos haga superiores á los demas de nuestra esfera, los que dirigen nuestra juventud, y se encargan de formar este establecimiento, no piensan mas que en arreglar nuestro estado, y el número de los criados, y todos los demas objetos de lujo y de ostentacion.

De aquí nace que á cada uno se le arregla todo segun la renta con que puede contar. Este es el único principio que dirige la operacion. Al que tiene por ejemplo diez mil pesos de renta, se le forma un estado de mesa, coches, libreas y criados, proporcionado de manera que pueda consumir esta suma. Al que tiene veinte se le da el doble: al que tuviera cuarenta, se le proporcionaria el cuádruplo, y esta proporcion creceria siempre en razon de la mayor renta que pudiera tener; siendo lo singular, que en esta multiplicacion de gasto no se consultan jamas las reglas de la comodidad, sino las del lujo y de ostentacion; y que la diferencia que habrá de un hombre de diez mil pesos de renta á otro de cincuenta, será que este tendrá mas criados, coches y mulas.

Ya se ve que esta conducta tan contraria al espíritu de la Religion, es tambien insensata y opuesta á todas las reglas de una sana razon; pues nada añaden al verdadero mérito del hombre todos los falsos resplandores de un lucimiento exterior que solo pueden servir de alimentar su orgullo. Cuando no se consultaran mas lucés que las de una razon natural, se debieran por lo ménos preferir las satisfacciones de la propia comodidad, y el placer de comunicarlas con los que no las tienen; pero tal es el error del mundo, y el orgullo domina tanto los corazones, que en la mayor parte de estos establecimientos no se piensa mas que en multiplicar los objetos de esta falsa grandeza, y solo se busca el medio de sobrepujar á los otros en lo que satisfaca una vanidad tan mal entendida.

Así se hizo conmigo. Habiendo quedado en mi tierna edad heredero de mi padre, los que descurdaron tanto mi educacion, no gobernaron con mas cordura mis negocios, y cuando me casé, me arreglaron una casa proporcionada á mis rentas; pero con los falsos principios de un lujo, que ellos llamaban correspondiente á mi nacimiento, y que es un delirio del orgullo. Como si la decencia necesitara vértirse de oropel, y como si la moderacion y la beneficencia no merecieran mejor el aprecio y la estimacion de todas las personas de juicio.

Como quiera que sea, yo pasé por la regla que casi todo el mundo adopta, cuando se monta la casa

de un jóven rico. La mayor y la mejor parte de mis rentas se destinó en darme un gran número de criados inútiles, de coches, libreas, mulas, caballos y otros objetos de aparato, y apenas se reservó una pequeña cantidad, que llamaban mi bolsillo y el de mi muger, y que debía servirnos para el juego y demas gastos menores. Con esto la mayor parte de mis rentas quedaba sujeta á gastos frívolos é inútiles, y apenas nos quedaba á mi muger y á mi mas que una muy corta cantidad, que necesitaba de mucha cordura de nuestra parte para ser suficiente. Pero estos hábiles arregladores para dar mas extension á los objetos de aparato, no solo nos redujeron á facultades muy estrechas, sino que se olvidaron de los accidentes imprevistos, dejándonos en la imposibilidad de remediarlos.

Por este ridiculo arreglo en que se da tanto á la pompa inútil, y á la vana ostentacion, el hombre mas rico se hace pobre; porque consumiendo tanto en gastos frívolos para objetos no necesarios, y sin los cuales pudiera pasarse facilmente sin faltar ni á la decencia ni á la comodidad, queda reducido á cortos medios para los gastos personales; y un hombre que tiene un número crecido de mulas en su caballeriza, de que apenas puede hacer uso, se halla muchas veces sin poder favorecer á un amigo ó socorrer á un necesitado.

Lo peor es, que hay pocos hombres que tengan bastante carácter para remediar este daño. Es me-

nester mucha fuerza de espíritu, mucho valor, y grandes principios de razon para reformar este abuso, y descender del pié brillante en que se nos puso, y á que nos hemos acostumbrado. El orgullo se resiste á toda reforma, la vanidad no quiere oír hablar de ninguna moderacion, y lleva por fuerza una carga que no se atreve á sacudir, prefiriendo para satisfacer á sus pasiones, medios que le conducen á la injusticia y á la bajeza.

Lo mas extraño de todo es, que en estos arreglos indiscretos jamas se tiene á la vista ni se hace mencion de los pobres. Yo he vivido en el mundo, y he estado instruido de muchos planes de distribucion, con que se montaban las nuevas casas de los matrimonios de mi fortuna y calidad, y no he visto ninguno en que haya un artículo, cuya consignacion sea destinada á limosnas. No es creible que profesando una Religion como la nuestra, en que el mayor y mas estrecho precepto es el amor del prójimo y el del socorro de sus necesidades; no es creible, digo, que hombres que se dicen cristianos, olviden así el remedio de los infelices, para aumentar el número de sus mulas y criados.

Parece que cuando un cristiano toma medidas para arreglar su casa, proporcionando los gastos á sus rentas, la primera partida de esta cuenta debia ser una buena cantidad consignada para socorro de los necesitados. Esta es la primera obligacion que le impone la ley de Jesucristo. Dios no le ha dade

sus rentas ni para contentar sus pasiones, ni para satisfacer su vanidad, ni para distribuirlas á su antojo; sino para que haga de ellas un uso moderado, convirtiéndolas en lo que necesita, así para su conservacion y la de su familia, como para la crianza y educacion de sus hijos. En estos objetos puede gastar todo lo que sea necesario para la decencia que corresponde al estado en que le colocó la Providencia; pero con moderacion, y sin que pueda dar nada ni á las fantasias del capricho, ni á las locuras de la vanidad.

Desde que ha podido llenar estos objetos, y reservar lo que le aconsejare la prudencia para los accidentes imprevistos, todo lo demas lo debe á los pobres. Este es el espíritu del Evangelio, y toda interpretacion que debilite ó extienda con demasia este punto tan importante de su beneficencia, es contraria al espíritu de la Religion. Así el que despues de satisfacer sin escases sus necesidades domésticas, reparte lo que le queda entre los necesitados, no da nada de lo suyo; porque no es suyo sino lo que él necesita, y todo lo demas es de aquéllos que lo hayan menester. No da pues, sino que paga lo que debe; porque Dios no le ha hecho dueño y árbitro de sus riquezas, sino ecónomo y distribuidor, dejando á su conciencia la medida de su necesidad, y la eleccion de las personas en que debe repartir el sobrante, segun el orden que su providencia le prescribe.

¿Qué idea se pudiera formar de la justicia de Dios, si hubiera repartido las riquezas con tanta desproporcion, para que cada uno pudiera consumirlas á gusto de su antojo? ¿Qué baldon seria para la Providencia, si cuando vemos que las fortunas estan distribuidas con mano tan desigual, creyéramos que deja abandonadas á la miseria y afliccion millares de sus criaturas para que un pequeño número de ricos viva en la abundancia, y sin mas regla que las fantasías de su capricho?

Y acaso se le pudiera acusar de tiranía, injusticia y de parcialidad, si no castigara la dureza de los ricos, cuando se observa el abuso general que los hombres hacen de ellas; pues aquellos á quienes ha concedido mas, no las emplean por la mayor parte sino en dar satisfaccion á sus vicios y pasiones, miéntras que tantos honrados y virtuosos sufren en la miseria y afliccion. O seria menester pensar que el acaso ciego es el Dios del mundo; ó que si le ha criado una inteligencia superior, seria como un númen indolente, que no extiende la vista sobre las injusticias de los hombres; ó como un Dios tirano que se complace en el triunfo de la iniquidad; ó como un Dios maligno que se divierte en las penas y aflicciones de la virtud.

No es este ciertamente el Dios de los cristianos; nuestro Dios es un Padre tierno, magnífico y universal, cuya Providencia se extiende desde el último al primero de sus hijos. Es verdad que para es-

tablecer el órden y que hubiese armonía, subordinacion y dependencia, dispuso hacer las condiciones desiguales; que para esto hizo reyes y vasallos, señores y plebeyos, amos y criados, pobres y ricos, y que era una consecuencia necesaria dar á unos mas riquezas, talentos y distinciones que á otros; pero no por eso ni á los que favoreció con aquellas ventajas, los hizo dueños y árbitros soberanos de ellas, ni á los que dió mas corta suerte, dejó abandonados al rigor de su destino y á la tiranía de los otros.

Su providencia paternal, tan extendida como sabia, á pesar de la desigualdad de las fortunas que hacia inevitable la armonía de este órden, halló los medios de conciliar esta aparente injusticia con que parece haber tratado á los hombres, por las justas y bien entendidas leyes que les impuso, y con que atendió á la felicidad de todos. Todo lo equilibró en su económica dispensacion su sabia y próspera mano. Si á los ricos les dió mas bienes, autoridad y distincion, al mismo tiempo los cargó de mas afanes, inquietudes y obligaciones, y tambien les impuso la ley de no tomar para sí mas que lo necesario, y repartir lo demas entre aquellos á quienes no dió tanto; y si á los pobres los privó de estos bienes, fuera de los talentos que les concede, y de los medios mas fáciles que les da para la eterna felicidad, los ha puesto bajo la tutela y proteccion de los ricos.

De estos principios nace con evidencia la obligación estrecha de los ricos de convertir todo el superfluo de sus bienes, suponiendo mucha moderación en sus gastos, en beneficio de los pobres; y parece que en un reino que se gloria de cristiano, se debia ver una emulacion continua de todas las clases bien estantes del estado, para hacer refluir el sobrante de sus consumos en las otras clases menesterosas. Parece que ninguna casa ni familia debiera arreglarse, sin empezar por una partida proporcionada á sus facultades, destinada para ellos; que los comerciantes, cuando hacen el tanteo de sus ganancias del año, debieran partir con ellos, ó señalarles una buena parte; en fin, que todos los que viven de salarios, de su trabajo, ó de cualquier otro modo, debieran ver, si podrán sin faltar á sus menesteres, reservarles alguna especie de socorro.

Y ved aquí cómo, si se practicara el benéfico Evangelio, él solo bastaria para corregir todos los defectos de la condicion humana, y hacer felices á los hombres aun en la tierra; pero ¡ay! el mundo aborrece estas máximas, y por eso es el enemigo mayor de Jesucristo y aun de su propia felicidad. Todo se lo arrebató el lujo, todo se sacrificó á las pasiones, y hasta las familias ricas, aquellas que pasan por mas poderosas, y que teniendo grandes rentas viven con mas ostentacion, no solo no tienen señalado nada para aliviar á los pobres; pe-

ro se ve en algunas que viven con mucho fausto, y no se ve que den limosna.

Y esta es una consecuencia necesaria del primer pié ó reglamento con que han establecido el gasto de su casa; porque si el padre de familias consagra la mayor parte á los objetos que llaman de decóro y son de vanidad, si para los que se llaman gastos personales no se reserva mas que una corta parte, no es posible que se pueda dar mucho. Lo que podrá hacer el mas virtuoso es dar todo lo que se reserva; pero con esto no cumple con su deber, ni lo que da tendrá proporcion con la suma de sus rentas, y con los excesivos gastos que hace en los objetos de su vanidad. Así por una inevitable consecuencia de este profano método, aun los mismos que deben al cielo un corazon compasivo, y disfrutan la mayor opulencia, no pueden hacer tanta limosna como quisieran y deben.

Pero ¡ay! ¡qué pocos son los que consagran á destinos de beneficencia estos medios aplicados á sus gastos personales! Muchos los emplean en cosas de su gusto y fantasia, y estos son los mas inocentes, cuando estos gastos no son mas que frivolos; pero si el vicio se introduce en su corazon, como por desgracia se introduce entre tantos, y se introdujo en el mio, entonces esta parsimonia, hija de la preferencia que se dió al lujo, será madre y causa de que á los vicios del corazon se añadan todas las iniquidades y desórdenes de la con-

ducta. ¿Qué puede hacer un jóven, que dueño de su fortuna y de sus acciones, se halla con muchos caprichos y pocos medios, sino lo que yo hice?

Despues que me casé, y á medida que mi corazon se iba corrompiendo, se iban multiplicando mis deseos, y aumentando los motivos de mis gastos. La cantidad que me habian reservado para mi uso era muy corta, comparada con la que se consumia en el brillante exterior de mi numerosa familia, y en el magnífico tren en que se me habia colocado; y así á pesar de la suntuosa opulencia con que vivia, presto me hallé sin poder satisfacer mis continuos é impetuosos caprichos. Un hombre de mas edad ó mas carácter hubiera podido reformar una parte de aquellos gastos extravagantes; pero en aquella edad no se raciocina bien. Era menester valor para hacer una reforma, que seria contradicha por toda la familia. Esta operacion pedia conducta, tiempo y madurez de que yo no era capaz, y yo mismo estaba bien hallado con esta pompa que lisonjeaba mi orgullo. Por otra parte hubiera temido el qué dirán, y me hubiera avergonzado en presencia de todos los amigos de mi esfera que, celosos y envidiosos de mi fortuna, se hubieran alegrado de verme decaer, y hasta mis pasiones mismas me hubieran alejado de este medio.

No hallándole pues practicable, eché mano de los que eran mas fáciles, como son el conservar el mismo inconsiderado lujo, y no pagar á los que de-

bia. Teodoro, esta ha sido una de las principales causas de todas mis injusticias. Lo primero que hice fué abusar del buen corazon de mi santa muger, que siempre virtuosa y deseosa de complacerme, no pensaba mas que en darme gusto á costa de sus mas penosos sacrificios, y yo tan inconsiderado como injusto, no hacia mas que abusar de su bondad. Empecé pues por pedirla con título de préstamo la mesada que la estaba señalada para sus gastos personales: no se la pagué nunca, y poco á poco me apoderé de ella de manera, que la privé de este recurso necesario, forzándola á las mayores estrecheces; y la muger de un hombre tan rico como yo, era una de las criaturas mas pobres.

Pero como esto no bastaba á satisfacer gastos que cada dia se multiplicaban, me eché á buscar dinero por todos lados, ya pidiendo prestado á todos los que podia, sin exceptuar mis propios criados, y cuando con mas edad fuí mas dueño de mi autoridad y mas esclavo de mis vicios, acabé por abusar con tiranía de los medios, que me daban mis títulos y mis riquezas. No hay género de arbitrio por bajo, violento ó indigno que fuera, que yo no pusiese en práctica para juntar dinero. No reformé una mula de mi caballeriza, ni un criado de los muchos inútiles que tenia; pero suspendí sus salarios: no les pagaba, tomando diferentes pretextos, y con la promesa de pagarles despues mejor todo; pero era para aprovecharme de aquel dinero, dan-

do pábulo á mis vicios, y tenia la dureza de privarlos de la justa retribucion de sus servicios, exponiéndolos á la miseria y á otras ruinas.

En fin, el dinero era mi ídolo; toda la ocupacion de mi vida, todo el objeto de mis reflexiones, y el único estudio y empleo de mis talentos era buscarlo sin reparar en los medios. Mi corazon adquirió tal dureza, y se acostumbó de tal modo á la injusticia, que nada era capaz de detenerme. Así siempre que hallaba la ocasion, engañaba á cuantos podia. Defraudaba hasta los miseros obreros del preciso alimento, y del sudor de sus propios trabajos, y llegó el caso de que por entretener mis vicios dejaba mucho tiempo aun á los que me servian mas de cerca sin los salarios que les debia. Robaba á los miserables el fruto de sus penas, engañaba á cuantos tenian relacion conmigo, dejaba á mi buena muger en las mayores estrecheces, y vivia tan tirano hasta de mis propios hijos, que no solo descuidaba de su educacion, sino que muchas veces di lugar á que les faltase lo mas necesario.

Entre los medios que me parecieron mas prontos y mas fáciles para encontrar dinero, uno fué el del juego. La esperanza presuntuosa y ligera es la ilusion mas ordinaria de la incauta juventud, y algunos ensayos felices me hicieron pensar, que la fortuna siempre favorable me daria con su auxilio los medios de salir de mis embarazos: así me arrojé en sus brazos tan confiado como codicioso. El

juego cuando sale de la esfera de una diversion honesta, no es ni puede ser otra cosa que una codicia secreta, un deseo activo de enriquecerse á costa de otros con poco trabajo y en breve tiempo. El mundo, siempre errado en sus máximas, no le ha caracterizado todavía con el título de infamia como lo merece; pero en los principios de toda moral sana y á los ojos de todo juicio recto, el juego excesivo, ó por el tiempo que se le da, ó por las cantidades que se aventuran, supone siempre una alma llena de vicios, y si fuera posible no suponerlos, es infalible que el juego solo los produciria.

Mi moral no es tan severo que yo piense proscribir el juego entre las personas honradas que no le toman sino como distraccion y desahogo de ocupaciones serias, que no le destinan mas que un tiempo moderado, despues de haber cumplido con sus obligaciones, y en que no se atraviesen mas que ligeros intereses, que no pueden incomodar á los que pierden. Con estos requisitos el juego puede ser una virtud en las sociedades del mundo; porque cuando los hombres se juntan para desahogarse de las fatigas precedentes, puede ser no solo necesario sino útil. Méno riesgo tiene jugar de esta manera, que exponerse á maldecir ó calumniar.

Pero no juegan así los que como yo, solo juegan para buscar dinero, y no es posible que obren así los que solo se divierten cuando llevan juego fuerte; pues es visible que no es el juego en sí mismo



ni la distraccion que produce lo que los entretiene, sino el grande interes que se atraviesa. Entonces no se puede dudar que esta es una guerra de la codicia, en que cada uno procura quitar al otro una parte ó el todo de su subsistencia y la de la familia: guerra inicua, guerra abominable, que si los usos del mundo la sufren, las leyes la prohiben, y toda sana moral la reprueba.

Este era el juego á que yo me entregué, y que acabó de arrancar de mi corazon los últimos estímulos de decencia y de honor: ¿Quién es capaz de describir los efectos de esta pasion terrible? El infeliz que se deja arrastrar de su furor, pierde los sentimientos humanos; toda la naturaleza es nula para él; es una embriaguez que aletarga todos los sentidos: ya no vive sino para jugar; ninguna otra diversion le gusta; ningun otro objeto puede interesarle, y le fastidia todo el tiempo que no juega. No puede pensar, meditar, ni su espíritu puede sentir actividad sino en los medios de enriquecerse con el despojo de los otros; insensible á la amistad y á todos los afectos nobles del corazon, solo desea sacrificar hasta sus propios amigos.

Todo muere para él; los objetos mas amables y dulces no tienen á sus ojos ni gracias ni halagos. La hermosura misma no le interesa. Apenas le queda lugar para el vicio fácil y pasagero en los breves instantes que no dedica al juego; pero el amor sensible y delicado huye de su corazon; la

teraura y todas las aficiones dulces que necesitan de tiempo para la efusion y la correspondencia de los recíprocos sentimientos del alma, se desaparecieron de su vista. La esposa mas amable, y que otra vez fué el idolo de su amor, ya no le interesa; sus donosos hijos que debieran ser su mayor felicidad, ya no le divierten: insensible á todo, y sin atender mas que al furor que le domina, abandona su casa, olvida su familia, descuida sus negocios, pasa los dias y las noches sacrificando su salud y su inocencia al Demonio que adora, y no es capaz de sentir otras conmociones que las que le produce la alternativa de sus ganancias y sus pérdidas.

Absorto en esta ocupacion tan triste como furiosa, todas las hermosuras del cielo y de la tierra se desaparecen á su vista. Ni para él cantan los cielos las alabanzas de su autor, ni la tierra le muestra en la belleza y abundancia de sus dones las obras de sus manos. Metido en la profunda caverna que es el teatro de su rabiosa codicia, ya no siente, sino vegeta. Allí olvida los placeres de la naturaleza y del espíritu; allí olvida las artes, las letras y las ciencias; allí olvida parientes, amigos y familia; allí sepulta todos los afectos naturales del alma; allí en tierra consigo todos los gustos delicados y decentes, y los cubre con la misma tierra con que ha cubierto su virtud y su honor. De manera que esta pasion fatal absorbe á todo el hombre, y devora todas sus facultades y poten-

cias. Todas sus ideas se reducen á un círculo; todas sus sensaciones á un impulso, y á pesar de concentrarse aquí todas sus reflexiones y sentimientos, su vida es la mas agitada, y su existencia la mas tumultuosa; porque sujeto siempre á la inconstante vicisitud de la fortuna, y esclavo de los caprichos de la suerte, entre algunos de sus halagos encuentra muchos de sus reveses, sin que pueda por lo comun desquitarse ni del menoscabo que sufren sus caudales, ni de los que padecen su reputacion y su salud.

La experiencia no le desengaña; irritado por lo mismo que debiera detenerle, cuando mas cerca se ve del precipicio, se empuja con mas fuerza para acabar de despeñarse. Una vislumbre de lejána esperanza le seduce, y esta ilusion que nunca le abandona, tiene tan eficaz actividad, que á pesar de los frecuentes desengaños de la suerte, y en medio de las continuas quejas con que acusa su inhumana esquivéz, vuelve á fiarse en ella, y confia de nuevo á su capricho los últimos recursos de su substancia. En fin, parece que no le queda instinto sino para perderse, y que esta funesta pasion mas exclusiva de los placeres delicados que cualquier otra, más incorregible y sorda á los consejos de la razon que la embriaguez, llega por fin á embrutecerle. Por eso de ordinario no acaba ella sino con la vida, ó por un extraordinario impulso de la gracia.

Este fué el indigno recurso que tomé para socor-

rer las necesidades que nacia de mis desórdenes, y no hizo mas que aumentar mis males. Pues cuando me favorecia la fortuna, gastaba fácilmente en el fomento de mis vicios lo que tan fácilmente ganaba; y cuando sufría pérdidas considerables, me era preciso apurar los arbitrios mas injustos para cumplir con el falso honor del mundo, que siempre contradictorio en sus principios no desprecia al que no paga sus mas sagradas deudas, y desprecia al que no paga las del juego. Así para no merecer este desprecio, y para no perder tambien los medios de jugar, me era como preciso faltar á todas mis obligaciones, apurar todos los medios de fraude y de mala fe, vender mis posesiones, mis alhajas, y hasta los diamantes de mi buena muger.

Todo esto con ser tan odioso, no fuera tanto si se hubiera quedado aquí; pero ¿cómo no llegar por el camino del vicio al abismo del deshonor? ¿Qué probidad, qué delicadeza se puede esperar de un miserable, que no jugando sino para ganar, espera que sin ser descubierto, pueda forzar la suerte á que le sea favorable? Yo sé que hay grandes jugadores, y he conocido algunos que se jactaban y tenían la reputacion de ser exactos y escrupulosos en el juego. Ellos lo decian; pero quién puede atreverse á asegurarlo? Lo que yo puedo decir es, que este hombre seria un fenómeno muy extraordinario y casi incomprensible, ó un prodigio mas inexplicable que todos los prodigios.

Porque ¿quién me podrá persuadir, que un hombre que no teme á Dios, pues se abandona con exceso á tan detestable vicio; que olvida los mas comunes preceptos de la Religion; que tiene tan poca conciencia; que no paga las deudas mas legítimas de sus criados, mercaderes y obreros; que descuida de todas las obligaciones domésticas; que posterga la educacion de sus hijos; que menosprecia todos los respetos de la sociedad estimable; y que en fin, á su propia muger y á su familia trata con injusticia, escases y tiranía: quién, digo, me podrá persuadir, que este mismo hombre tan inicuo con todos, y que tanto atropella cuantos sagrados respetos le imponen el cielo y la tierra, sea únicamente escrupuloso, exacto y delicado en el punto que interesa mas á su pasion desenfrenada, y con otro hombre que le disputa su dinero con una codicia igual á la suya?

Yo digo que seria menester una virtud consumada para resistir á una tentacion tan urgente, como la de hallarse cargado de deudas, acósado por acreedores activos, y verse en la miseria, sin medios de atender á otras obligaciones de su honor, y en peligro hasta de que le falten los de satisfacer esta pasion que le domina; hallarse, digo, en estas ó semejantes circunstancias, poder con un golpe de mala fe, en que espera no ser comprometido, reparar tantos daños, desquitarse y hacerse rico de repente, y con todo eso saber contenerse, y tener bas-

tante fuerza para no hacer una cosa tan á la mano y tan ventajosa, por no faltar á la probidad y á la justicia, seria esto un acto de virtud que no puede esperarse de aquel que en todo lo demas no muestra ninguna.

Vuelvo á decir que el hombre de la mas ejercitada y escrupulosa integridad que se hallase en las indicadas circunstancias, para no ceder á la violencia de la tentacion necesaria de mucha reflexion, de grande esfuerzo, y que esta exacta probidad seria la prueba y el fruto de su heroica virtud. ¡Y qué! ¿podré yo creer que actos tan dificiles, y que necesitan de tanto valor, los hace continuamente el que vive con la mayor relajacion? No, amigo, esto no es dado á la naturaleza humana, no puede caber en hombres que en todo lo demas son corrompidos. Es imposible conciliar tan dificil y severa probidad con la prevaricacion pública de sus costumbres.

Yo ignoro si ha existido jamas un monstruo tan contradictorio; pero sé que jamas he creído á los que se jactan de serlo, y ciertamente no lo era yo. Esta infernal pasion me arrastró, como á los demas, á todos los vicios que produce, y fuera de lo injusto que me hizo con todo lo que me rodeaba, degradó mi corazon hasta las bajezas mas indignas: yo disputaba los derechos mas equívocos, me apropiaba todos los descuidos de los otros, y procuraba aun corregir la adversidad de la suerte por medios que enseña la iniquidad y reprueba el ho-

nor. ¡Oh cuánto me baldona ahora mi propia conciencia! ¡cuántos cargos irreparables! ¡cuántas restricciones imposibles! ¡Oh cuánta era la ceguedad de mi corazón, pues á cada instante me aventuraba á perder lo que el mundo llama honor, y me exponía á lavar mi afrenta con la sangre ajena!

Ved aquí una parte de los efectos que produce esta loca y desatinada fantasía del orgullo, que quiere proporcionar el lujo de las casas á la medida de sus rentas. ¡Cuántos jóvenes de buen corazón se han perdido por este error! Y yo mismo á pesar de mi natural perversidad, si me hubieran establecido sobre un pié de moderación, que me hubiera permitido satisfacer otros gustos tolerados en la sociedad, no hubiera quizá llegado á tanto exceso, ó no hubiera empezado tan temprano.

¡Qué vista, Teodoro, la de esta vida, que tú y yo con otros muchos hemos pasado entre los horrores del juego, y otros gastos inmensos de nuestros muchos vicios! Cuando me acuerdo de los grandes caudales que hemos derramado en una pompa frívola y despreciable, en tantos banquetes y festines, que dejan tan poca satisfacción, y solo sirven de contentar la vanidad; y en fin de los locos gastos que hacíamos, ó en el desbarro de un juego insensato, ó en el precio de placeres inmundos, me estremezco de horror.

Pero cuando hago reflexion que de tantos gastos que me proporcionaban entónces tan pocos gustos,

tos, no me quedan ahora sino remordimientos; cuando considero que con ellos hubiera podido socorrer á muchos miserables, consolar á millares de infelices, y dejar establecimientos útiles y benéficos, una justa indignacion se apodera de mi alma, me aborrezco á mí mismo, y me desprecio como el mas abominable monstruo de la tierra.

Que el cielo, que se ha dignado de iluminar mi ceguedad, extienda á tí, Teodoro mio, sus benéficas y paternales luces. Tú tendrás la ventaja de abrir los ojos mas temprano que yo. Me parece imposible que una alma tan noble y sensible como es la tuya, no sienta la fuerza de estas cartas, y no se deje arrastrar de las amables ideas que contienen. ¡Ay amigo! abandonemos los errores que nos han cegado; huyamos de esas ciudades que nos han corrompido; busquemos en la simplicidad de los campos, en el ejercicio de la beneficencia, y en la práctica de todas las virtudes, la paz y el consuelo que no nos han dado el mundo y sus placeres. Pido al cielo que estas cartas hagan en tu corazón el mismo efecto que en el mio, y que determinen á Mariano á venir cuanto ántes á realizar en mi compañía imágenes tan dulces. ¡Pero por qué no me respondes! Me parece que tu respuesta tarda demasiado. Amigo, no me dilates noticias que aguardo con impaciencia, y que tanto han de contribuir á mi felicidad. A Dios, Teodoro mio.